

**Yesseñor**

**Byron Batz, Ph.D.**

**© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.**

**Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.**

## Yesseñor

“¡Sí, señor!”

Es la única respuesta que Yesseñor ha sido condicionado a dar.

“Reduce costos.”

“¡Sí, señor!”

“Recorta personal.”

“¡Sí, señor!”

“Aumenta los ingresos.”

“¡Sí, señor!”

“Haz esto. Luego haz aquello.”

“¡Sí, señor!”

Yesseñor nunca cuestiona. Cuando una duda nace, pequeña como una chispa bajo la ceniza, Yesseñor la sofoca antes de que pueda encenderse. Cuestionar es arriesgarse al desagrado, y el desagrado es un peligro que Yesseñor ha sido entrenado a temer. A evitar.

La postura del “sí, señor”, la obediencia incuestionable, puede rastrearse hacia dos fuerzas entrelazadas: el miedo y el condicionamiento. El miedo es inmediato, visceral: el temor al castigo mediante la degradación, la exclusión de oportunidades o la pérdida del sustento. Es la sombra que mantiene a las personas en silencio ante la autoridad. El condicionamiento, en cambio, es más lento, más sutil: el sedimento de refuerzos repetidos a través de recompensas y elogios. Pero este condicionamiento también puede ser producto de normas culturales y entrenamientos institucionales que enseñan la obediencia como virtud.

El miedo explica la urgencia de la obediencia; el condicionamiento explica su persistencia. El miedo puede obligar a alguien a decir “sí” en el momento, pero el condicionamiento asegura que olvide cómo decir “no” por completo. Juntos forman un ciclo: el miedo inicia la obediencia, el condicionamiento la normaliza, y la ausencia de resistencia se vuelve auto-perpetua.

Así, Yesseñor no es simplemente débil de voluntad. Está moldeado por estructuras que recompensan la obediencia y castigan la disidencia. El miedo es la chispa; el

condicionamiento es el molde. Resistir requiere tanto valentía como conciencia, un despertar a las fuerzas que han esculpido los reflejos de una persona.

Los directores ejecutivos y los que están en altas posiciones de liderazgo adoran a Yesseñor.

“Yesseñor hace el trabajo”, dicen con asentimientos satisfechos.

“Yesseñor impulsa los números”, proclaman, como si recitaran un credo.

Pero por dentro, Yesseñor se siente vacío. El conocimiento acumulado durante años yace sin usar, como herramientas encerradas en un armario. La sabiduría ganada a través de la experiencia acumula polvo. La voz interior, antes vibrante, antes curiosa, se vuelve tenue.

Porque una vida vivida en obediencia perpetua puede parecer plena desde afuera, pero desde adentro se convierte en un lento olvido: olvido de la voz interior, el juicio, el valor y, eventualmente, el sí mismo.

Sin embargo, la tragedia de Yesseñor no termina con él. Porque Yesseñor no solo se disminuye a sí mismo; disminuye al mundo que lo rodea. Una mente silenciada no es una pérdida privada, es una pérdida pública. Cada idea que Yesseñor oculta, cada pregunta tragada, cada advertencia no dicha y cada nueva idea encarcelada se convierte en una pequeña fractura en los cimientos de la comunidad.

Yesseñor tiene tanto que ofrecer. Años de experiencia. Comprensión arduamente ganada. Una perspectiva moldeada por fracasos y triunfos por igual. Sabiduría.

Pero Yesseñor ha sido entrenado, suavemente al principio, luego implacablemente, para envainar su inteligencia en deferencia, para inclinarse ante la autoridad incluso cuando la autoridad tropieza en la oscuridad.

Y así, los líderes que carecen de visión continúan sin ser desafiados. Los ejecutivos que carecen de sabiduría continúan sin corrección. Los tomadores de decisiones que carecen de entendimiento continúan sin cuestionamiento. Los poderosos sin visión continúan sin disputa. No porque tienen razón, sino porque Yesseñor ha sido condicionado a creer que la obediencia es más segura que la verdad.

Steve Jobs comentó una vez: “No tiene sentido contratar gente inteligente y luego decirles qué hacer; contratamos gente inteligente para que ellos nos digan qué hacer a nosotros.” Pero en un mundo lleno de Yesseñores, esta sabiduría pasa desapercibida. Las personas inteligentes permanecen en silencio. Los líderes se vuelven ciegos. Y la sociedad que podría haber sido, más próspera, más justa, más creativa, más viva, nunca llega del todo.

Porque cuando una cultura recompensa la obediencia por encima de la lucidez, no solo desperdicia talento.

Construye su futuro sobre voces silenciadas, y luego se pregunta por qué la estructura colapsa.

Yesseñor contribuye al colapso, sin embargo. No por malicia, ni por incompetencia, sino por la tranquila abdicación de responsabilidad. Porque Yesseñor podría haber prevenido, o al menos ayudado a prevenir, el colapso. La caída.

Una sola pregunta en el momento adecuado, una sola negativa pronunciada con respiración firme, podría haber cambiado el curso de los acontecimientos.

Pero en Yesseñor nunca se cultivó la valentía, solo la obediencia.

Y así Yesseñor elige el camino fácil.

El camino familiar.

El camino aceptado.

El camino pavimentado por incontables predecesores que temieron más la incomodidad de disentir que las consecuencias de obedecer. Es un camino que parece seguro, pero conduce inevitablemente a la ruina. Porque cuando nadie se atreve a decir “Esto está mal”, lo incorrecto echa raíces. Cuando nadie desafía la orden defectuosa, la orden se convierte en cultura. Y cuando la cultura se construye sobre el silencio, el colapso no es un accidente, es el final natural.

Así, Yesseñor se convierte en víctima y cómplice: herido por el sistema que lo formó, pero sosteniendo ese mismo sistema a través de su silencio.

Los directores inteligentes, los ejecutivos astutos, los líderes sabios, no se parecen en nada a quienes elogian a Yesseñor. No temen el desafío; lo invitan. No se aferran a sus propias ideas; las ponen a prueba contra mentes más agudas. No se rodean de ecos; buscan disonancia, sabiendo que la armonía sin tensión es solo silencio disfrazado.

Tales líderes comprenden una verdad simple: un equipo de seguidores obedientes puede moverse rápido, pero solo un equipo de individuos pensantes puede moverse con sabiduría. Así que cultivan espacios donde el desacuerdo no es rebelión sino contribución. Donde una mano levantada no es una amenaza sino un regalo. Donde la experiencia, la habilidad y el conocimiento no son ornamentales sino esenciales.

En una sociedad que tan a menudo sofoca voces, estos líderes se convierten en raros bolsillos de aire respirable. Permiten que otros prosperen, no otorgando permiso, sino

negándose a castigar la valentía. Y al hacerlo, revelan lo que Yesseñor nunca aprendió: que el progreso nace no de la obediencia, sino de la fricción de mentes honestas encontrándose a la luz.

Mi ruego a Yesseñor: busca la valentía. No la valentía ruidosa que grita, sino la silenciosa que se niega a desaparecer. La valentía de cuestionar. La valentía de pensar. La valentía de recordar que la obediencia no es virtud cuando le cuesta al mundo tu lucidez.

Y mi ruego a quienes tienen poder: reciban la resistencia. No teman la mano levantada, la voz disidente, la verdad incómoda. Porque es a través de la resistencia que las ideas se refinan, a través del desafío que la sabiduría se afila, a través de la fricción honesta que se forjan futuros mejores.

Una palmera desarrolla sus raíces más fuertes no en las brisas suaves, sino en los huracanes más feroces.

Así también las personas, y así también las sociedades.

La fuerza no nace de la quietud.

Nace de los vientos que se atreven a empujar de vuelta.